



Carlos de Rokha o la Conducta iluminada

UNA de las pruebas más elocuentes de que el mundo se halla constantemente transformación dinámica es la muerte, manantial sombrío de donde nace, empero, el impulso germinativo. En el trágico proceso de la descomposición de la materia, como en una cámara oscura se perfilan los contornos de lo esencial duradero. Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, dice el poeta, con voz proveniente de la sabiduría anónima.

Sí, señoras y señores, todo esto lo sabemos desde niños y no

hace falta la lectura de Boecio para comprender que, ante lo irreparable, es preciso adoptar una sabia actitud de resignación. Pero la verdad es que nada, o muy poco, obtenemos exprimiendo tan razonables reflexiones, porque hay algo en nosotros que las rechaza con gesto convulso y patético. En una palabra, no aceptamos la idea de muerte, bien que ésta se encuentre indisolublemente asociada a todo germen, a toda forma sujeta a crecimiento y mudanza. El rechazo se hace aún mayor y aumenta en considera-

ble magnitud cuando las fúnebres hermanas atacan a un ser joven de altas aptitudes promisorias. Es esa la revulsión de protesta que sentí cuando alguien me despertó en la madrugada del domingo 30 de Septiembre para comunicarme la noticia de la defunción del querido poeta cuya memoria nos congrega en este instante.

Señoras y señores, no les voy a hablar de sus poemas, tarea que de adrede abandono a plumas más expertas que la mía. Quisiera, por otra parte, mantener intacto el velo de Isis que los cubre con sus pliegues, indóciles para el ojo del profano. Creo que el más dulce encanto de la poesía es el perfume de misterio que la inhala, que la embebe. Desarmar retóricamente los encajes luminosos de su brillo me parecería faena atroz y criminal. Hablaré, pues, no de la poesía escrita de nuestro poeta sino de aquella que vivió en forma peregrina y trágica en el mundo. Si hubo hombre que llevó la poesía al hacer mismo de la vida, ese fue sin duda Carlos de Rokha. En su ser se trasminaba con sutil corrimiento el acto inicial de la creación.

Fue curiosa y determinante la primera referencia que tuve de su persona. Me encontraba en el despacho de una escuela pública del barrio Independencia cuando entró al recinto una

De "EL ORDEN VISIBLE" (1956)

Arte poética.

Las llamas conservadas
Dulcemente
Ellas hacen impenetrables
Ese desierto que transcurre como un ángel
En olas de reposo por igual delirio
Ví sus pies de fuego
De encantos sangrientos
Con este himno mágico que no sabe su voz sobre las
playas de mi sueño.

Magia del cielo

A distancia de los ciervos
Una playa petrificada bajo sus pasos
El sol petrificado por otros soles
Por una cascada la más centelleante.

En las costas en todas las costas
Yo buscaba un reposo semejante a la pereza
Un fuego semejante a sus carbones
Una isla semejante a los hemisferios helados

Yo vagaba en tu sonrisa
Yo creía ver el sol de las esfinges
Un sol un sol más bien fuerte
El mar aprisionado en la piel de sus noches

Nubes prisioneras de esta lámpara
Ellas cubrid los pantanos
Errad os digo entre los golfos
Tras el paisaje que no verán mis ojos.

hermosa y distinguida dama, de rostro juvenil bajo el cabello blanco, blanco, más no con la blancura de la vejez, sino más bien con la claridad que infunde en las madres una ciencia inmemorial. La dama discutió largamente con el seco y árido funcionario sobre el asunto, en apariencia insoluble, de un alumno díscolo y extraño.

—Está bien, —terminó diciéndole el domine. Aceptaré en la escuela a su hijo por última vez. Y esto lo hago solamente en consideración al gran poeta que es su padre.

Pobre Carlos. En plena niñez ya estaba diseñando un destino de perplejo desterrado. La grosera tripulación del mundo se reiría más tarde de sus alas enormes de albatros. En el desabrimiento de aquel exégeta de las tablas de multiplicar ya estaba dibujada, simultáneamente, la reacción con que el mundo acogería su conducta iluminada.

Algunos años más tarde, le conocí. Eran los tiempos felices, agresivos y locos de la "Mandrágora". Carlos, el poeta niño, acudió a nosotros, impulsado por el brío adquirido en solitarias lecturas de Rimbaud y de los grandes de la expresión simbolista francesa. Braulio, Enrique y yo éramos ya sus verdaderos hermanos espirituales.

¡Cómo te recuerdo entonces, magro adolescente que eras, ebrio de ritmo y lozanas palabras de fuego! Me parece que aun escucho y percibo el temblor de tu voz, cuando en pleno corazón de Ahumada me leías tus versos, importándote muy poco el fisgoneo de los

transeúntes, con supremo señorío de poeta.

El fenómeno Mandrágora, que apenas si alcanzó a rozar levemente a sus fundadores, hirió en pleno cerebro al poeta niño, colmándolo de terrible experiencia. Hacia el año 1940, su madre, la dulce Winnett, me escribía a Valdivia, ciudad en donde yo pasaba mis vacaciones anuales:

—Carlos se halla en una clínica. Es la primera víctima de la "Mandrágora".

Pero no es que el poeta niño hubiese perdido la razón, como vulgarmente se dice. Yo diría, que, lejos de eso, había ganado el límite de lo que Apollinaire llamara "la razón ardiente".

Desde entonces, y hasta el día de su muerte física, conservó el aire de un extranjero inconsolable. El paisaje del mundo le era como tierra baldía, en donde su presencia llegaba a ser, cuando no importuna, deprimente. Al igual que todos los poetas era un acusador de la vida. En esta labor de fiscalización los poetas son los jueces más inspirados para impugnar los hábitos de oprobio que soplan sobre la realidad del mundo humano. Ellos fueron severos jueces para juzgar la inicua justicia social y severos jueces, a la vez, para develar las miserias del amor.

Desde aquellos tiempos de la "Mandrágora", lejanos y queridos tiempos, ay, tuvo el espíritu como poblado de solicitudes fantasmales. Diría, en francés, por no existir la exacta palabra española, que estaba "hanté". Es en esta dramática

(A la página 6)

De "CANTO PROFETICO AL PRIMER MUNDO (1943) — (Fragmento)

Sobre toda porfía el hombre aviva su sagrada soberbia porque quiere volver al principio del mundo. Su cuerpo real toma los destellos del bronce y es arrastrado al sueño para así no ceder: Veámosle venir, su ceniza cubramos con la nuestra.

Su himno oigamos con júbilo y su entrada feérica nos siga: sea su imagen trocada por el furo maligno.

De ningún modo podrá ese exorcismo cumplir si abandona su gloriosa esencia.

No caerán las visiones como secreta retribución que llamean en su imagen. El lo sabe y aguarda tranquilo.

A ratos busco algo más; la misma luz me hace creerme irrevelable, pero después retorna a la muerte entre los que a gritos la anuncian.

Faulkner, Hesse, Pérez de Ayala

Luis Enrique Délano

Entre la aparición del cuarto número de *Alerce* y hoy, tres escritores de renombre mundial, dos de ellos Premio Nobel, han muerto. Dos eran europeos y nacidos aproximadamente en la misma época, al terminar la séptima década del siglo pasado: Hermann Hesse y Ramón Pérez de Ayala. El otro, William Faulkner, norteamericano, era más joven y alcanzó su madurez expresiva allá por 1930, al publicar su novela *Mientras Agonizo*.

La desaparición de estos tres representa una pérdida severa para las letras mundiales. No tenían, en realidad, otra cosa de común que la de ser novelistas, y grandes, y si en esta somera nota sus nombres van enlazados ello se debe únicamente a que sus decesos ocurrieron en el mismo período.

HESSE

Hesse nació en Alemania, pero se expatrió joven, radicándose en Suiza, cuya ciudadanía adoptó más tarde. Escribió como una forma de protestar contra la atmósfera descarnadamente militarista de la Alemania post-bismarckiana y pre-nazi, pero su repugnancia por estas formas de vida nunca se expresó directamente, sino a través de una filosofía idealista y de un pesimismo acentuado. Dos o tres de sus novelas (*Sidharta*, *El Juego de Abalorios*) aparecen hasta entroncadas en ciertas vetas del orientalismo, del que Hesse se contagió durante un viaje por la India.

Los conflictos que sacuden el espíritu de los personajes de Hermann Hesse se resuelven a

menudo en el camino de la negación o de una indecisión excesivamente espiritualista. Demian, el héroe de la novela del mismo nombre, merodea tambaleante, sin armas con qué defenderse de la dureza ambiente. *El Lobo Estepario*, que a la larga no viene a ser otra cosa que una exégesis de la soledad antisocial del hombre, es un libro que ha influido negativamente en la formación espiritual de muchos jóvenes. En la vida contemporánea no es posible restarse a las solicitaciones de la realidad, sin pagar por ello un fuerte precio; es lo que les ha ocurrido a quienes, asimilándose al "lobo estepario", se aislaron (como el propio Hermann Hesse) dentro de una campana de soledad. El autor, que sepamos, no combatió el militarismo prusiano ni a los nazis con la poderosa arma de la literatura, como lo hicieron no pocos escritores alemanes: el propio Thomas Mann, su hermano Heinrich, Ludwig Renn, Anna Seghers, Bertold Brecht, etc.

En 1946, después de la derrota de los nazis, Hesse recibió el Premio Nobel de Literatura.

PEREZ DE AYALA

Pérez de Ayala, en cambio, fue un novelista español, lo que equivale a decir un escritor realista. España se refleja ya en sus primeros libros, *Tinieblas en las Cumbres* y *A. M. D. G.*, que puso al desnudo con valentía y escándalo la educación jesuítica en España. *Prometeo*, *La Caída de los Limones* y *Luz de Domingo* son otros tantos retratos de la vida española, clara y turbia, culta y primitiva.

Su obra maestra, *Belarmino* y *Apolonio*, es una novela inolvidable, españolísima, de factura monumental, de estilo acentuadamente artístico. Una docena más de obras de ficción y de libros de ensayos y crítica constituyen el fecundo aporte de Pérez de Ayala a las letras españolas del primer cuarto de siglo.

Hay que reconocer que, mientras las jóvenes generaciones intelectuales de América Latina conocen bastante bien a Faulkner y regularmente a Hermann Hesse, ignoran o han leído escasamente a Pérez de Ayala, no obstante que éste es uno de los novelistas españoles más importantes del siglo y de los de más vasto aliento. Español hasta la raíz, fue sin embargo un espíritu europeo, lo cual no puede asegurarse respecto de todos los autores españoles. Su concepción novelesca respiraba trascendentalismo y su expresión, a la vez que rica, parecía sorprendentemente natural.

Republicano en los años posteriores de la monarquía y en los primeros de la República (fue Embajador en Inglaterra a partir de 1931), transigió más tarde con Franco, coincidiendo esta actitud inconsecuente con su agotamiento literario. Porque Pérez de Ayala pasó su última etapa sin producir, viviendo de los viejos laureles de *Belarmino* y *Apolonio* y otras de sus obras, que hicieron decir a un crítico de su tiempo que Pérez de Ayala era, si no el primero, uno de los primeros novelistas de Europa.

FAULKNER

Y llegamos al más joven de

los tres muertos: Faulkner. Su nacimiento en el sur de los Estados Unidos (que ha dado en los últimos tiempos una pléyade de novelistas famosos, como Erskine Caldwell, Carson McCuller, Truman Capote, etc.) ha sido factor determinante en su vida y en su literatura, que soporta el peso de toda la historia sureña: un pasado esplendoroso para las clases altas, destruido por la Guerra de Secesión, el fin de la esclavitud, el complejo de culpabilidad por esa guerra "que se pudo haber ganado". Todo eso, y principalmente el espíritu vuelto hacia el pasado, constituye el contenido de las novelas de William Faulkner, desde *Mosquitos* (1927) hasta *Gambito Caballo* y *Desciende Moisés*.

Pero sin duda lo que ha subyugado a mucha gente en el mundo (y a los escritores jóvenes en particular) no es tanto el contenido de Faulkner —pues al fin y al cabo la vida del Mississippi no tendría por qué interesar más que una tragedia en Teherán o en Tegucigalpa— como la forma, considerando dentro de ella su concepción, sus técnicas, originadas en la "corriente de conciencia". La "corriente de conciencia" no es cosa sencilla o fácil, sino por el contrario, un complejo fenómeno surgido de la certeza (establecida por la psicología moderna) de que en la conciencia no existe un solo plano, sino varios. Uno de sus aspectos es, por

ejemplo, el monólogo interior, que Faulkner maneja con maestría mamada sin duda en Joyce. En su novela *El Ruido y la Furia*, considerada como su obra maestra, Faulkner no relata sino que deja que la historia se cuente por sí misma, que los hechos que él aporta encuentren su ajuste adecuado, lo cual nada tiene de simple, ya que pasado y presente llegan estrechamente fundidos a la mente de sus personajes. En *Absalón Absalón*, William Faulkner no hace otra cosa que entregar al lector las innúmeras piezas de un enorme rompecabezas, para que éste las arme, con todas las dificultades inherentes a semejante tarea. Otra "costumbre" de Faulkner es la de mezclar dos historias que no tienen nada de común sino un lejano parentesco, ya sea de atmósfera o de propósitos, como ocurre en *Las Palmeras Salvajes*; y la de combinar dos géneros, el relato y el teatro, como en *Réquiem para una Mujer*.

No se podría afirmar que Faulkner triunfa siempre. Sus personajes son, es verdad, seres no sólo vivientes, sino desgarrados, trágicos y sacudidos por huracanes filosóficos. Pero su complejidad técnica, el exceso de virtuosismo en sus novelas, lo lleva a veces por el camino de la complicación por la complicación o de un confusionismo antifuncional y desagradable.

De los tres ilustres muertos —cada uno a su manera representa importantes tendencias de la novela contemporánea— es Faulkner sin duda el que ha ejercido una influencia más vasta en las jóvenes generaciones literarias de todo el mundo occidental.

L. E. D.

CARLOS DE ROKHA... (De la página 5)

constitución suya donde hay que mirar, sin embargo, para no asombrarse de la singular continuidad de su caudal poético. Carlos de Rokha poseía una llave o espita espiritual que en cualquier circunstancia o momento podía ser manipulada con pródigo resultado. Son innumerables los poemas que escribió en banquetes y reuniones sociales. Algunos de ellos, simplemente bellísimos. La poesía era materia fácil entre sus dedos, como si hubiera formado parte de la amalgama de su piel. Tenía la arrogancia del inspirado permanente y de ese carácter, qué duda cabe, emanaban todas sus desgracias. No podía conducirse como el resto de la gente. De ahí que sus gestos parecieran de la proporción práctica exigida por las situaciones inferiores y triviales.

Alguien, en un diario matutino, destacaba una anécdota suya, reveladora de esta carencia de proporcionalidad en la conducta. Para el período de la llamada "Ley de la Democracia", cuando el militante precavido y prudente hacía llegar con cautela a las masas las consignas del partido perseguido,

el poeta-niño, con osadía primaveral, derramaba las proclamas acusatorias sin el menor empleo de prudencia. Era así Carlos de Rokha: un ser inocente, espontáneo y casi angélico.

La vida, a veces tan generosa con los hombres rutinarios, para él fue avara. No le concedió la dicha del amor inmortal que hizo vibrar al Dante y a Petrarca. Ninguna Beatriz, ninguna Laura atravesó bajo el dintel de "marfil y cuerno" de su poesía. La puerta permaneció inútilmente abierta. Este gran amante, esta alma apasionada y rebosante de ternura, sólo conoció los despojos del amor. Por eso su espíritu exhalaba melancolía.

Bien, señoras y señores, en esta aventura que es seguir la dramática trayectoria de lo que he llamado "una conducta iluminada" podría llegar muy lejos. Es mejor que, por ahora, guarde silencio. Después de todo, lo que más valía en Carlos de Rokha está aún vivo, destellando bajo los ojos del lector transido. Sólo se ha perdido el estuche. La perla brilla todavía en nuestras manos.

Teófilo Cid

EL PROFESOR GUISEPPE CARDILLO

Frente a las islas Eolias que avanzan por el Tirreno rumbo a Sicilia, se encuentra Cefalú, enclavada en el oriente palermitano, surcada de estrechos callejones prehelénicos, árabes y bizantinos, mirando a una Italia de cercana geografía, pero de lejana idiosincrasia.

Desde el atrio de la catedral normanda, cuya nave central ostenta mosaicos increíbles, se ve en el mar de Orlando el Furioso, el mismo océano que llevaron a Paestum las naves sibaritas, la misma agua que pasando por el Estrecho de Messina, hacia el sur, baña las costas pitagóricas de Jonia.

Estamos en una tierra de vino, naranjas y poetas, donde hasta el portero del teatro de Taormina es dramaturgo y donde, en primavera, jóvenes y muchachas se decoran con flores para consagrar el rito milenario.

Cefalú es ese Otero nortino del territorio que Empédocles, Pirandello y Quasimodo engrandecieron para gloria latina y que los modernos y auténticos helenos sicilianos de los faldeos del Etna adornan de flores,

perfuman de citrus, colmados de orgullo y muchas esperanzas.

Como una cerámica multicolor, como una antigua moneda de efígie con casco de encrinada cimera se alza Cefalú, la ciudad de eterna primavera donde a veces, el sirocco" del cálido y genital desierto africano, abate árboles y hombres con su lujuria prepotente.

Recuerdo a Cefalú con su empedrado inamovible y primitivo, amparándose bajo sombrías arboledas del violento y agresivo sol primaveral; sus muchachas de ojos sombreados y musfos poderosos; los ancianos de dulce sabiduría rondando por la plaza; los obreros de piel de cobre y ojos claros; los niños demasiado pequeños para tener tanta vida; el balanceo muy tierno del agua espumosa que invita al baño y al reposo frutal y dionisiaco.

Y en Cefalú, que ahora invade de nostalgia mis recuerdos, simbolizo esa Sicilia, de vides ahitas de sol, de templos apolíneos y teatros milagrosos, donde de todo el mal y todo el bien son posibles con grandeza, don-

de toda la historia se nos hace presente, con feérica fuerza para indicarnos, el siempre presente y gastado tema de la transitoriedad del hombre y la casi eternidad de la belleza.

Allá en Sicilia empecé a explicarme a mi tierra chilena, isla rodeada de mar, polo, desierto y montaña, de vinos de potente azúcar y hombres sombríos como los de Agrigento o Caltanissetta.

Algo parecido, creo, debe haberle ocurrido al Profesor Cardillo, nacido en Cefalú y por más de un lustro Agregado Cultural de Italia en Chile, tan querido entre nosotros y al que, en vísperas de su partida de esta tierra, la Sociedad de Escritores de Chile rinde un sentido y cordial homenaje por lo mucho que ha hecho en pos de las relaciones culturales entre el país itálico y el nuestro.

La Dirección de *ALERCE*, además, despide muy afectuosamente a este gran amigo de los escritores de Chile haciendo votos por el éxito de su siempre vigorosa misión de arte e inteligencia.